**SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS**

**Catedral, enero de 2017**

A los ocho días de la fiesta de La Navidad celebramos la solemnidad de Santa María Madre de Dios dando gracias al Señor por el don de la maternidad virginal de María y encomendando a su poderosa intercesión el año 2017 que acabamos de comenzar.

La Iglesia nos invita hoy a contemplar el Misterio de la Encarnación y del Nacimiento de Cristo desde la maternidad y la virginidad de Santa María, Madre de Dios y madre nuestra. La antífona que hoy cantábamos en Laudes expresa adecuadamente el contenido esencial de esta solemnidad: “La Madre ha dado a luz al Rey, cuyo nombre es eterno, la que lo ha engendrado tiene al mismo tiempo el gozo de la maternidad y la gloria de la virginidad: un prodigio tal no se visto nunca, ni se verá de nuevo. Aleluya”.

La maternidad es siempre un motivo de gozo y de alegría para la familia, especialmente para la madre y para el padre del hijo que ha sido engendrado en seno de la madre. Sin embargo, las circunstancias económicas de precariedad laboral o de crisis empresarial provocan en algunos casos que la maternidad y la paternidad no sean un motivo de alegría sino una pesada losa. También otras circunstancias personales o familiares son causa de disgusto ante el anuncio de la maternidad.

La alegría de Nuestra Señora por su maternidad fue muy superior a la de cualquier mujer, pues ella sabía, por el anuncio del ángel, que iba a ser la madre del Hijo de Dios. Su gozo inmenso lo expresa cantando y alabando al Señor en el canto del *Magníficat.*

La maternidad es consecuencia de la entrega de amor entre los esposos que libremente se unen y se donan mutuamente. El amor entregado sin fisuras es la causa de la verdadera alegría que produce la noticia de la maternidad. En el caso de María la alegría de su maternidad nace, no del amor humano, sino de amor divino. Porque no es el hombre sino el Espíritu Santo quien cubre con la sombra del Amor a la Virgen María y, sin concurso de varón, ella concibe en su seno al Hijo de Dios hecho hombre. ¡Qué admirable misterio de amor que no se ha visto nunca ni se verá de nuevo!

La maternidad de María está íntimamente unida a su virginidad permanente. San Juan Pablo II decía en la Carta Apostólica sobre “La Dignidad de la mujer”: “*La virginidad y la maternidad coexisten en María,*sin excluirse recíprocamente ni ponerse límites; es más, la persona de la Madre de Dios ayuda a todos —especialmente a las mujeres— a vislumbrar el modo en que estas dos dimensiones y estos dos caminos de la vocación de la mujer, como persona, se explican y se completan recíprocamente”.

La Virginidad de María es expresión de su amor incondicional al Plan de Dios sobre ella que es la maternidad. Este amor significado en la virginidad, pide lógicamente que sea un amor permanente y por tanto virgen no sólo en el momento de la concepción sino también en el parto y después del parto. Es decir, siempre. Por esta razón los católicos nos dirigimos a Nuestra Señora como la siempre Virgen María pues ella permaneció virgen como signo de su consagración amorosa al plan de salvación de Dios y porque Jesús quiso que su madre fuera virgen siempre para mostrarnos en el signo de la virginidad su condición divina. Al contemplar el Misterio de María, virgen y madre, se nos recuerda que por la maternidad de María Jesús fue verdaderamente hombre y por su virginidad se nos revela que es verdaderamente Dios.

 María como madre del Hijo de Dios ejerce desde la gloria del cielo su maternidad espiritual sobre todos los hombres. Como Virgen contempla permanentemente el rostro de Dios e intercede por nosotros ante su Hijo para que un día nos conceda participar de los bienes de la salvación. Bajo su amparo nos acogemos, bajo su manto nos refugiamos de las adversidades del mundo, bajo su mirada misericordiosa pedimos amparo y fuerza para superar nuestras debilidades.

 El Beato Pablo VI instituyó bajo el amparo de la Santísima Virgen María la Jornada mundial de la Paz que este año cumple cincuenta años. Durante este tiempo, los Papas nos han recordado que la verdadera paz nace del reconocimiento de Jesús, Príncipe de la paz, que el día de Pascua la entrega a sus apóstoles cuando les dice: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” y añade “No os la doy yo como la da el mundo” (Jn 14, 27) La paz de Cristo no es la paz del mundo a la que se llega por el consenso, el acuerdo o el pacto. La paz de Cristo nace de la reconciliación que él nos conquistó con su sangre derramada en la Cruz. Es una paz que se deposita en el corazón de cada persona que cree en Él y que acepta ser feliz trabajando por la paz.

El mensaje del Santo Padre Francisco para esta Jornada de la Paz se centra en la no violencia como expresión del amor a los enemigos. De hecho el amor a los enemigos es considerado como la carta magna de la no violencia cristiana que no se debe entender como un rendirse ante el mal sino en responder al mal con el bien, rompiendo de este modo la cadena de la injusticia. En este sentido el Papa pone como ejemplo a Santa Teresa de Calcuta afirmando que: “Mientras los traficantes de armas hacen su trabajo, hay pobres constructores de paz que dan la vida solo por ayudar a una persona, a otra, a otra…” A lo largo de estos cincuenta años son muchos los compromisos de la Iglesia y de la Santa Sede en favor de la paz desde la práctica de la no violencia. La preocupación por el cese de las hostilidades, de las guerras, del terrorismo, de la violencia doméstica y callejera ha estado presente en la mente y en el corazón de los Papas y así lo han denunciado.

Todos podemos aportar nuestro grano de arena para trabajar por una familia más pacífica, una sociedad más justa y armónica, un Estado más unido y pacificado, en fin, una sociedad internacional que respete el derecho de gentes en el que los pueblos y sus gobiernos reconozcan el bien de la paz para el desarrollo y el progreso de la sociedad y del hombre.

Pidamos a Santa María, Madre de Dios y madre de todos los hombres que nos ayude durante este año a ser pacificadores y ejercer la no violencia cada día con aquellas personas con las que habitualmente nos relacionamos. Así estaremos construyendo la paz desde los cimientos de la sociedad.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga